

ra poseído fidelidad bastante y también resolución de juicio para expresarme con desahogo. Sería un cargo sin razón de ser en la casa de un príncipe si así no se desempeñara, no respondiendo al efecto para que se instituye, y es un papel que no todos pueden indistintamente desempeñar, pues hasta la verdad misma carece del privilegio de ser empleada á cada instante, y en todas las cosas; tan noble como es su causa, tiene sus circunscripciones y sus límites. Con frecuencia ocurre, siendo el mundo como es, que se desliza en el oído de un monarca, no solamente sin provecho, sino también perjudicial é injustamente; y nadie podrá hacerme creer que un santo advertimiento no pueda á veces ser viciosamente aplicado, ni que el interés de la substancia no tenga que inclinarse en ocasiones al de la fórmula.

Quisiera yo, para este oficio, un hombre contento de su fortuna,

Quod sit, esse velit; nihilque malit<sup>1</sup>,

y nacido en situación mediana; con tanta más razón cuanto que de una parte no temería tocar viva y profundamente el corazón de su señor por no desviarse con esta conducta del curso de su carrera; por otro lado, siendo de aquella condición tendría más fácil comunicación con toda suerte de gentes. Quisiera también un solo hombre, pues extender á varios el privilegio de esta libertad y privanza engendraría una perjudicial irreverencia; exiguría, sobre todo, en el hombre de que hablo la fidelidad y la reserva.

Un soberano no es de creer cuando se alaba de su firmeza en aguardar el encuentro del enemigo para su gloria, si para su provecho y mejoramiento no es capaz de soportar la libertad de las palabras amigables, cuyo fin no es otro que el de pellizcarle el oído (el complemento efectivo en su mano está). Ahora bien; no hay ninguna condición humana que más haya menester que los reyes de verdaderas y libres advertencias: pública es su vida, y han de ser gratos á la opinión de tantos espectadores, mas como se acostumbra á callarlos cuanto puede apartarlos de la resolución que formaran, cuando menos lo piensan se muestran sin sentirlo entregados al odio y execración de sus pueblos por circunstancias que acaso hubieran podido evitar sin detrimento de sus placeres mismos, de haber sido avisados y, desde luego, bien encaminados. Comunmente los favoritos miran á sí mismos más que al soberano, y así no les va mal, pues, á la verdad, casi todos los deberes de la amistad verdadera se colocan cuando en aquél se emplean en prueba ruda y peligrosa. De suerte que precisa para con ellos no solamente mucha afección y franqueza, sino también la entereza y el ánimo.

1. Lo que es quisiera ser, y no anhela cosa distinta. MARCIAL, X, 47, 12.

En fin, toda esta pepitoria que yo emborrono aquí, no es más que un registro de las experiencias de mi vida, la cual, por lo que á la salud interna toca, es bastante ejemplar, no como un modelo que imitar, sino que evitar; mas por lo que respecta á la salud corporal, nadie mejor que yo puede proveer de experiencias más útiles, ni presentarla pura, en ningún modo corrompida ni adulterada, por arte ni opinión preconcebidos. En las cosas tocantes á la medicina, todo lo puede la experiencia, aun cuando la razón impere. Decía Tiberio que quien había vivido veinte años debía estar bien al cabo de las cosas que le eran perjudiciales ó favorables, y saber manejarse libre de medicinas; lo cual acaso aprendiera en Sócrates, quien cuidadosamente aconsejaba á sus discípulos como un estudio principal el estudio de su salud, añadiendo que era difícil para un hombre de entendimiento que pusiera reparo en sus ejercicios, en comer y en beber, el no discernir mejor que cualquier médico lo que le era bueno ó malo. Así la medicina hace siempre profesión de mostrar constantemente la experiencia como piedra de toque de sus operaciones, y así Platón decía bien al asegurar que para ser médico verdadero sería necesario haber pasado por todas las enfermedades que han de curarse y por todas las circunstancias y accidentes de que un facultativo debe juzgar. Es razón que padezcan el mal venéreo si pretenden saber curarlo. En las manos de uno así resolveríame yo encomendarme, pues los otros nos guían á la manera de aquel artista que pintara los mares, los escollos y los puertos, tranquilamente sentado en su gabinete, ó hiciera pasear la figura de un navío con seguridad cabal: lanzadle á la realidad, y no sabrá por dónde se anda. Hacen igual descripción de nuestros males que el prigionero de la ciudad, cuando grita la pérdida de un caballo ó la de un perro de tal color, alzada ú oreja, á quien, cuando el animal es presentado, le desconoce por completo sabiendo sus señas puntuales. ¡Pluguiera á Dios que la medicina me procurase algún día un evidente y buen socorro; entonces gritaría con buena fe sus milagros,

Tandem efficaci do manus scientiæ<sup>1</sup>

Las artes que nos prometen mantener el cuerpo en salud y lo mismo el alma, mucho es lo que nos prometen, así no hay ningunas otras que más desencanten ni desilusionen. Y en nuestro tiempo, los que entre nosotros las ejercen, muestran menos los efectos que todos los demás hombres; puede decirse de ellos, á lo sumo, que venden drogas medicinales, mas que sean médicos no puede asegurarse. Yo he vivido bastante tiempo para poder tener en cuenta el régimen que tan largo me condujo: para quien

1. Al fin doy una mano con ciencia eficaz. HORACIO, *Epod.*, XVII, 4.

quiera gustarlo me presento como escanciador. He aquí algunos artículos tal como el recuerdo me los muestra : ninguno de mis humores ha dejado de cambiar á medida de los accidentes ; registro sólo los más ordinarios, los que me dominaron hasta el momento actual.

Mi manera de vivir es la misma cuando sano que cuando enfermo : reposo en el mismo lecho y á horas idénticas, tomo los mismos alimentos é igual bebida, y la única diferencia consiste en la moderación del más ó del menos, según mis fuerzas y apetito. Consiste mi salud en mantener sin trastorno mi natural estado. Yo veo que la enfermedad me deja libre de un lado, y si otorgo crédito á los médicos me desvian del otro, de suerte que, por acaso y por arte, héteme fuera de mi camino. Nada más que esto creo con mayor certeza : que en manera alguna podrán ocasionarme quebranto las cosas con que me familiaricé de tan antiguo. La costumbre imprime norma á nuestra vida, tal cual la place, y todo lo puede en este punto ; es el brebaje de Circe, que diversifica á su antojo nuestra naturaleza. ¡ Cuántas naciones, hasta las situadas á cuatro pasos de nosotros, consideran ridiculo el temor al sereno, que nos hiere tan sensiblemente ! Un alemán enferma acostándose sobre un colchón, un italiano sobre la pluma blanda, y un francés sin cortinaje ni fuego. El estómago de un español no soporta nuestra manera de comer, ni el nuestro el beber á la suiza. Plugiéronme las palabras de un alemán en Augsburgo, el cual censuraba las molestias de nuestros hogares con iguales argumentos á los de ordinario por nosotros empleados para condenar sus estufas, pues á la verdad ese calor estadizo, junto con el olor de la substancia que las compone, recalentada, aturde á casi todos los no habituados ; á mi no me hace mella, pero por lo demás, aun siendo el calor igual, constante y general, sin llama ni humo, y sin el viento que la abertura de nuestras chimeneas nos procura, tiene por qué ser con el nuestro comparado. ¿ Por qué no imitamos la arquitectura romana ? Dicese que en lo antiguo el fuego no se encendía en las casas sino por fuera, y al fin de ellas, de donde el calor se extendía al interior por medio de tubos practicados en el recio de los muros, los cuales iban á dar á los lugares que debían ser calentados, cosa que he visto claramente manifiesta en Séneca, no recuerdo en qué pasaje. Como mi alemán me oyera encarecer las comodidades y hermosura de su ciudad (y eran justas mis alabanzas), empezó á compadecerme porque tenía que alejarme, y entre las molestias primeras con que me brindó, figuraba la pesantez de cabeza que me procurarían las chimeneas en otras partes. De este mal había oído quejarse á alguien, y me lo colgaba á mí, privado como estaba por la costumbre de advertirlo en su país. Todo calor proviniente del fuego me debilita y

amodorra; Eveno decia, sin embargo, que el mejor condimento de la vida era el fuego : mejor prefiero yo todo otro modo de escapar al frío.

Tememos nosotros el vino cuando en los toneles queda poco, los portugueses constituyen con él sus delicias, y es entre ellos el brebaje de los principes. En conclusión, cada pueblo tiene algunos usos y costumbre que son no solamente desconocidos para los demás, sino también milagrosos y repulsivos. ¿ Qué hacer de un pueblo que sólo acoge los testimonios impresos, que no cree á los hombres sino á los libros, ni lo verdadero cuando su edad no es competente? Dignificamos nuestras torpezas al meterlas en el molde : para el común de las gentes es de mayopeso decir : « Lo he leído » que si decís : « Lo he oído decir ». Pero yo que creo lo mismo en la boca que en la mano de los hombres ; que sé que se escribe tan indiscretamente como se habla, y que juzgo este siglo de la propia suerte que cualesquiera otros de los que pasaron, lo mismo traigo á cuento á un mi amigo que á Macrobio ó Aulo Gelio, y lo que vi como lo que éstos escribieron. Y del propio modo que la virtud no es más grande por ser más añeja, creo que la verdad por ser más vieja no es más prudente. A veces me digo que es torpeza pura lo que nos hace correr tras los ejemplos extraños y escolásticos : la fertilidad de éstos es igual en los momentos en que vivimos que en los tiempos de Homero y Platón. ¿ Mas no es cierto que buscamos más bien el honor de la alegación que la verdad del razonamiento? Como si no fuera lo mismo extraer nuestras pruebas de las oficinas de Vascosan ó Plantino que de lo que se ve en nuestro lugar ; ó más bien ocurre que carecemos de espíritu para escudriñar y hacer valer lo que pasa ante nosotros, y juzgarlo vivamente para convertirlo en ejemplo ; pues si decimos que la autoridad nos falta para dar fe á nuestro testimonio, expresámonos torcidamente, tanto más cuanto que á mi entender de las más ordinarias cosas comunes y conocidas, si á luz supiéramos sacarlas, podrían formarse los prodigios más grandes de la naturaleza y los ejemplos más maravillosos, principalmente en lo tocante á las acciones humanas.

Ahora bien, para volver á mi asunto, y dejando á un lado los ejemplos antiguos que sé por los libros, y lo que Aristóteles refiere de Andrón el argiano, sobre que atravesaba sin catar el agua los áridos desiertos de Libia, diré que un gentilhombre, el cual desempeñó dignamente algunos cargos, aseguraba en mi presencia haber hecho el viaje de Madrid á Lisboa en pleno estio sin beber gota ; para los años que cuenta, goza de salud vigorosa, y nada de extraordinario ofrece su genero de vida, sino el permanecer dos ó tres meses, y á veces hasta un año, sin probar el agua. Siente sed, pero la deja pasar, considerando que es un ape-

tito que fácilmente por sí mismo languidece, y bebe más bien por capricho que por necesidad ó por placer.

He aquí otro caso. No ha mucho tiempo que encontré yo á uno de los hombres más sabios de Francia, y de los que gozan de fortuna no mediocre, estudiando en el rincón de una sala, al abrigo de un espeso cortinaje; en derredor suyo los criados promovían un estrépito lleno de licencia, y me dijo (Séneca casi decía otro tanto de sí propio) que alcanzaba su provecho de la barahunda, cual si derrotado su espíritu por el ruido se recogiera y encerrara más en sí mismo para la contemplación, añadiendo que la tempestad de las voces hacía repercutir sus pensamientos en su interior. Siendo este señor escolar en Padua tuvo su estudio instalado durante tanto tiempo en un cuarto que daba á la plaza, donde nunca tenía fin el tumulto ni el estruendo de los carruajes, y así se había hecho no sólo á menospreciar, sino á apetecer el ruido para el provecho de sus estudios. Sócrates contestó á Alcibiades, quien se maravillaba de que pudiera soportar el continuo machaqueo de la mala cabeza de su mujer: « Como los que se familiarizan con el ruido ordinario de las norias », repuso el filósofo. Mi manera de ser no es así; mi espíritu es blando, y fácilmente toma vuelo, mas cuando algún impedimento le tropieza, hasta el zumbido de una mosca le asesina.

Séneca, siendo joven, como abrazara ardientemente el ejemplo de Sextio, quien no comía cosa ninguna á que se hubiera dado muerte, mantúvose así durante un año, y muy á gusto, según dice, abandonando solamente tal costumbre para que no creyeran que seguía los preceptos de algunas religiones nuevas que lo sembraban. Al propio tiempo siguió el ejemplo de Atalo, de no acostarse muellamente en colchones de los que se hunden con el peso del cuerpo, usando hasta la vejez los que no ceden al tenderse. Lo que el uso de su tiempo consideraba como rudo, el del nuestro lo convierte en voluptuoso.

Parad mientes en la diferencia que existe entre el vivir de mis braceros y el mío; los escitas y los indios nada tienen que más se aleje de mi fuerza y de mi forma de vida. Ocurrióme á veces arrancar á algunas criaturas de la limosna para que me sirvieran, y bien pronto me dejaron, y mi cocina y mi librea, sólo por convertirse á su existir primero; uno encontré luego recogiendo almejas en medio del arroyo para su comida, á quien ni por ruegos ni amenazas supe distraer de lo sabroso y dulce que encontraba en la indigencia. Tienen los pordioseros sus magnificencias y voluptuosidades, como los ricos, y dícese que también cuentan con sus dignidades y órdenes políticas. Estos son efectos de la costumbre; la cual puede habituarnos no sólo á tal ó cual forma que la plazca (por eso dicen los filósofos que debemos plantarnos en la mejor, pues al punto nos fa-

cilitará el camino), sino también al cambio y á la variación, que es el más noble y útil de sus aprendizajes. La mejor de mis compleciones corporales consiste en ser flexible y escasamente porfiado; algunas de mis inclinaciones me son más propias y ordinarias y también más agradables que otras, pero á costa de poco esfuerzo las sacudo y me deslizo fácilmente á la manera contraria. Para despertar su vigor debe un joven trastornar sus reglas, evitando al par así que aquél se enmohezca y apoltrone; ningún género de vida tan tonto ni tan flojo como el de conducirse por prescripción y disciplina;

Ad primum lapidem vectari quum placet, hora  
Sumitur ex libro; si prurit frictus ocelli  
Angulus, inspecta genesi, collyria querit<sup>1</sup>:

lanzaráse con frecuencia hasta en los excesos mismos, si me cree; de otra suerte el menor desorden ocasionará su ruina; en la conversación truecáse en desagradable é incómodo. La cualidad más opuesta á la esencia del hombre cumplido es la delicadeza y sujeción á cierto hábito particular, y es particular cuando no es plegable y flexible. Es vergonzoso dejar de hacer algo ó por impotencia ó por no atreverse á practicar lo que se ve hacer á los compañeros: que gentes tales permanezcan en su cocina, junto al fuego. Indecoroso es en todos, pero en un guerrero es vicioso además é insoportable. Este, como decía Filopómeno, debe acostumbrarse á todas las vidas, por desiguales y diversas que sean.

Aun cuando yo haya sido enderezado, tanto como fué posible, á la libertad é indiferencia, como por incuria envejeciendo me detuve en ciertos hábitos (mi edad está ya libre de toda educación, y nada tiene que considerar si no es la persistencia), la costumbre, sin darme cuenta de ello imprimió tan maravillosamente en mí su carácter en ciertas cosas, que llamo excesos al desviarme; y sin efecto sensible no puedo dormir durante el día; ni tomar nada entre las comidas, ni desayunar, ni acostarme sino pasado un largo intervalo, como de tres horas largas, después de cenar; ni procrear sino antes del sueño, ni de pie; ni soportar el sudor, ni beber agua pura ó vino puro, ni permanecer largo tiempo con la cabeza descubierta, ni resistir que me afeiten después de comer; tan difícilmente prescindiría de mis guantes como de mi camisa; de lavarme al acabar de comer y al levantarme de la cama y del dosel y cortinas de mi lecho, como de las cosas más necesarias. No pondría ningún reparo en comer sin mantel, pero á la alemana, sin servilleta blanca, lo haría con incomodidad

1. Cuando desea ser conducido á la primera piedra, consulta la hora en su libro de astrología; si le pica el párpado interior, busca el colirio, luego de haber examinado un libro sobre la materia. JUVENAL, VI, 576.

sobrada; más que ellos y que los italianos las ensucio, ayudándome poco de tenedor y cuchara. Siento que no se haya seguido una costumbre que yo he visto iniciada, á ejemplo de los reyes, ó sea que nos cambiaran de servilleta según los manjares, como de plato. De Mario, aquel soldado rudo, sabemos que con la vejez trocóse delicado en el beber, y que sólo lo hacia en una copa que llevaba consigo: lo mismo me dejó yo cautivar por cierta forma de vasos, y no bebo de buena gana en los de vidrio común; todo metal me disgusta comparado con una substancia clara y transparente; quiero que mis ojos prueben las cosas en la medida de lo posible. Algunos de entre tales regalos me los procuró la costumbre. Naturaleza también me favoreció con los suyos, como el no poder soportar ya dos comidas fuertes en un mismo día sin recargar mi estómago, ni la abstinencia cabal de una de las comidas sin llenarme de vientos, tener la boca seca y perturbar mi apetito. El sereno dilatado me hace daño, pues de algunos años acá, en los quebrantos de la guerra, cuando toda la noche se va de un lado á otro, como acontece comunmente, pasadas cinco ó seis horas, mi estómago empieza á removerse, procurándome vehemente dolor de cabeza, y el día no llega sin que haya vomitado. Como los demás van á tomar el desayuno, yo me voy á dormir, y después del sueño me encuentro muy á gusto y bien dispuesto. He considerado siempre que el sereno no se extendía sino con el nacimiento de la noche, mas frecuentando familiarmente en estos últimos años durante largo tiempo á un señor imbuido en la creencia de que es más rudo y perjudicial al declinar del sol, una ó dos horas antes de ponerse (el cual evita cuidadosamente menospreciando el de la noche), faltóme poco para que imprimiera en mí, más que su razonamiento, su propia sensación. ¿Qué decir de nosotros, puesto que la duda misma y la investigación hieren nuestra fantasía modificándonos? Los que instantáneamente se inclinan ante esas pendientes, atraen hacia sí la completa ruina. Yo compadezco á muchos gentiles-hombres á quienes la torpeza de sus médicos hizo languidecer, encerrándose en sus hogares en plena juventud y con las fuerzas cabales: mejor sería sufrir un catarro que perder para siempre por desacostumbrarse el comercio de la vida común. ¡Desdichada ciencia, que nos avinagra las horas más dulces de la jornada! Dilatemos nuestro dominio echando mano hasta de los últimos medios: comunmente nos endurecemos al resistir al mal, corrigiendo así la propia complexión, como César con el epiléptico, á fuerza de menospreciarlo y descuidarlo. Deben ponerse en práctica los preceptos mejores, mas no á ellos esclavizarse, si no es á aquellos (si los hay) cuya obligación y servidumbre sean cabalmente provechosos.

Defecan los monarcas y los filósofos, y también las damas:

á ceremonia se debe la reputación que envuelve las vidas públicas; la mía, privada y obscura, goza de toda disciplina natural; soldado y gascón son también cualidades algo apartadas de lo discreto, por lo cual diré lo siguiente de ese acto: Que precisa dejarlo para cierta hora determinada de la noche, obligarse por costumbre y sujetarse, como yo hago; mas no dejarse avasallar, como hice envejeciendo, por el cuidado de la comodidad particular de lugar y sitio para esta operación, convirtiéndola en molesta por dilatación y molición. Sin embargo, hasta en los más sucesos quehaceres, ¿no es en algún modo excusable exigir algo de miramiento y limpieza? *Natura homo mundum et elegans animal est*<sup>1</sup>. De todas las acciones naturales es ésta la en que peor de mi grado soporto el ser interrumpido. Conoci muchas gentes de guerra molestadas por el desorden su vientre: el mío y yo nunca fallamos á nuestro señalamiento, que es al saltar de la cama, si alguna apremiante ocupación ó enfermedad no nos perturban.

Juzgo, pues, como decia ha poco, que allí donde los enfermos no puedan mejor ponerse al abrigo de accidentes los mantengamos quietos, conforme al género de vida ordinario, en el lugar donde se engendraron y prosperaron: el cambio, cualquiera que sea, perturba y hiera. Resignaos á creer que las castañas dañan á un perigordano ó á un luqués, y la leche ó el queso á los que habitan en la montaña. Va ordenándoseles, no solamente una nueva, sino contraria forma de vida, modificación que ni siquiera un hombre sano soportaría. Aconsejad el agua á un bretón de setenta años; encerrad en una estufa á un marino, prohibid el pasearse á un lacayo vasco: así agarrotan á los enfermos, quitándoles por fin aire y luz.

An vivere tanti est?

Cogimur a suetis animum suspendere rebus,  
Atque, ut vivamus, vivere desinimus...  
Hos superesse reor, quibus et spirabilis aer,  
Et lux, qua regimur, redditur ipsa gravis? ?

Y si no realizan otra buena obra, al menos logran la de preparar á los pacientes tempranamente á la muerte, minándoles poco á poco y cercenándoles el uso de la vida.

Lo mismo sano que enfermo, dejéme fácilmente llevar por los apetitos que me asaltaron. Yo otorgo gran autoridad á mis deseos y propensiones: no gusto de curar el mal por el mal mismo, y detesto los remedios que son más im-

1. Por su naturaleza es también el hombre un animal delicado y armónico. SENECA, *Epist.* 92.

2. ¿Tanto vale la vida? Somos inducidos á privarnos de las cosas acostumbradas, de suerte que para vivir dejamos de vivir. Y en efecto ¿podrán incluirse en el número de los vivos, aquellos para quienes se truecan en incómodos el aire que respiran y la luz que los alumbra? PSEUDO GALLUS, *Eleg.*, I, 155 y 247.

portunos que la enfermedad. Encontrarme sujeto al cólico é imposibilitado del placer de comer ostras, es caer en dos males por evitar uno solo: el dolor nos pellizca por un lado, el precepto por otro. Puesto que al riesgo de engañarnos estamos abocados, expongámonos más bien en seguimiento del placer. El mundo hace lo contrario y nada cree útil que no sea doloroso; la facilidad es para él sospechosísima. Mi apetito en algunas cosas se acomodó bastante felizmente por sí mismo, é inclinó á la salud de mi estómago; la acrimonia y el picante de las salsas me agradaron cuando joven, mi estómago se hastió después, el paladar le siguió muy luego: el vino perjudica á los enfermos; es lo primero con que mi boca se contraria con invencible contrariedad. Todo lo desagradable me hace daño, y nada me ocasiona dolor de lo que tomo con apetito y contento. Nunca me ocasionó perjuicio la acción que me fué muy grata, de suerte que hice ceder siempre ampliamente en pro de mi placer toda conclusión medicinal; y en mi juventud

Quem circumcursans huc atque huc sæpe Cupido  
Fulgebat crocina splendidus in tunica<sup>1</sup>;

me presté tan licenciosa é inconsideradamente como cualquiera otro al deseo que me amarraba:

Et militavi non sine gloria<sup>2</sup>;

más, sin embargo, que por arranques fuertes, por continuidad y duración:

Sex me vix memini enstinuisse vices<sup>3</sup>.

En verdad, es desdichado al par que sorprendente, el confesar la edad débil en que vine á caer en esta sujeción. El hecho fué casual de todo en todo, pues tuvo lugar mucho antes de los años en que la razón desenvuelta ya conoce: mi recuerdo no remonta á tales lejanías, y mi fortuna, en este punto, puede hermanarse con la de Cuartilla<sup>4</sup>, quien de su doncellez no guardaba memoria:

Inde tragus, celeresque pili, mirandaque matri  
Barba mea<sup>5</sup>;

Ordinariamente pliegan los médicos con provecho sus preceptos yendo contra la violación de los apetitos rudos que asaltan á los enfermos; esos grandes deseos no pueden

1. Ante quien dando rápidas vueltas de acá para allá, aparecía el resplandeciente Cupido envuelto en brillante túnica. CATULO, *Carm.*, LXVI, 133.

2. Y he militado no sin gloria. HORACIO, *Od.*, II, 26, 2.

3. Me acuerdo de haber alcanzado seis veces el triunfo. OVIDIO, *Amor.*, III, 7, 26.

4. La cual dice en Petronio, c. 25: *Juvenem meam iratam habeam, si unquam me meminerim virginem fuisse?* C.

5. Los pelos me salieron con celeridad, quedándose admirada mi madre al verme la barba. MARCIAL, XI, 22, 7.

considerarse tan extraños ni viciosos que naturaleza deje de tener en ellos alguna parte. Además, ¿cuán avasalladora no es el ansia de aplacar la fantasía? A mi entender esta facultad todo lo arrastra, ó á lo menos, predomina sobre todas las otras. Los más dañosos y ordinarios males son aquellos que la mente nos acarrea: este decir español me place por muchos motivos, *Defiéndame Dios de mí*<sup>1</sup>. Lamento, cuando estoy enfermo, el no sentir algún deseo que me procure la satisfacción de saciarlo; apenas si la medicina de ello me apartaría. Hago lo mismo en cabal salud; yo no descubro cosa alguna sino el esperar y el querer. Es lastimoso languidecer y debilitarse hasta el apetecer.

El arte médico no es tan evidente que á nosotros nos deje de toda autoridad desposeídos, sea lo que fuere lo que hagamos: se modifica según los climas y según las lunas; según Fernel ó Escaligero<sup>2</sup>. Si vuestro doctor no encuentra provechoso que durmáis ni que uséis del vino ó de cualquier manjar, nada os importe; otro os encontrará que de su parecer no participe: la diversidad de los argumentos y opiniones medicinales abarca toda suerte de formas. Yo vi retorcerse y reventar de sed á un pobre enfermo para curarse; otro facultativo que le visitó después condenó tal régimen como dañoso: ¿valió la pena su tormento? Recientemente murió del mal de piedra un hombre de ese oficio, el cual se habia servido de la extrema abstinencia para combatir su enfermedad: sus colegas afirman que debió seguir un régimen contrario, porque el ayuno, decían, secó y coció la arena en sus riñones.

He advertido que en las heridas, y también en las enfermedades, el hablar me perjudica y conmociona lo mismo que el mayor descuido en que pudiera incurrir. La voz me cuesta esfuerzo y fatiga, pues la tengo aguda y resistente; de tal modo que, cuando hablé á los grandes al oído de negocios importantes, tuvieron necesidad de que la moderase.

Este cuento merece detenerme. Alguien<sup>3</sup> en cierta escuela griega hablaba como yo, en voz alta; el maestro de ceremonias le ordenó que bajara de tono: «Que me haga saber, repuso el amonestado, el diapasón en que quiere que me exprese», y aquél replicó: «Que adopte el tono del oído que le escucha.» La observación era acertada, siempre y cuando que se entienda: «Hablad con arreglo á lo que tratéis con vuestro oyente»; pues en el caso que quisiera decir: «Basta con que os oiga, ú ordenaos por él», no me parece razonable. El tono y el movimiento de la voz, guardan alguna expresión y significación de mi sentido; á mi

1. En castellano en el texto.

2. Fernel, médico de Enrique II (1497-1553). Escaligero (J. C.), uno de los más célebres eruditos del siglo XVI.

3. El filósofo Carneades. — C.

me incumbe el conducirlo para representarme: hay una voz para instruir, otra para alabar ó censurar. Yo quiero que la mía, no solamente llegue á quien me escucha, sino también acaso que le hiera y atraviése. Cuando yo regaño á mi lacayo con tono agrio y duro, sería bueno que me dijera: « ¡Mi amo, hablad con mayor dulzura, que os oigo bien! *Est quedam vox ad auditum accommodata, non magnitudine, sed proprietate*<sup>1</sup>. La palabra pertenece por mitad á quien habla y á quien escucha; éste debe prepararse á recibirla, según el movimiento que ella adopta: como en el juego de pelota el que reula y avanza lo efectúa según los movimientos del contrario, y con arreglo á la dirección que éste imprime á aquélla.

La experiencia me ha enseñado además esta verdad: que la impaciencia nos pierde. Tienen los males su vida y sus límites, su salud y su enfermedad. La constitución de las dolencias está formada conforme al patrón constitutivo de los animales; tienen su carrera y sus días limitados desde la hora en que nacen: quien imperiosamente intenta abreviarlas por la fuerza, al través de su curso, las alarga y multiplica, y las atormenta en lugar de apaciguarlas. Mi parecer es el de Crantor, ó sea: « que no hay que oponerse obstinadamente á los males de manera desatentada, ni sucumbir ante ellos blandamente, sino que precisa cederlos el paso según su condición y la nuestra ». Debe dejarse libre entrada á las enfermedades, y creo que en mí se detienen menos porque las consiento obrar: despojéme de aquellas que se consideran como más persistentes y tenaces, por su propia decadencia, sin ayuda ni arte contra los preceptos que las combaten. Dejemos trabajar un poco á la naturaleza: ella entiende mejor que nosotros sus negocios. « Pero, se me repondrá, fulano así murió. » Vosotros haréis lo mismo, si no es de este mal, de otro: ¿ y cuántos no dejaron de morir teniendo tres médicos en sus asentaderas? Es el ejemplo un espejo vago, general y aplicable en todos sentidos. Si se trata de una medicina deleitosa, aceptadla, puesto que en ello hay un bien inmediato: yo no me detendré en el nombre ni en el color; si es grato y apetecible, el placer es de las principales especies de provecho. Yo he dejado envejecer en mí, de muerte natural, catarros, fluxiones gotosas, relajaciones, palpitaciones de corazón, dolores de cabeza y otros accidentes, que perdí cuando á medias iba ya acostumbrándome á soportarlos: mejor se los conjura por cortesía que por altanería. Es preciso sufrir con dulzura las leyes de nuestra condición: existimos para envejecer, para debilitarnos y para enfermar, á despecho de toda medicina. Es la lección primera que los mejicanos suministran á sus hijos cuando al salir del vientre de las

1. Hay cierto metal de voz que se acomoda mejor al oído, no por su fuerza, sino por su timbre. QUINTIL., XI, 3.

madres van así saludándolos: « Hijo, viniste al mundo para pasar trabajos: resiste, sufre y calla. » Es injusto dolerse porque haya acontecido á alguien lo que puede suceder á todos: *Indignare, si quid in te inique constitutum est*<sup>1</sup>.

Ved al anciano que pide á Dios que le conserve su salud cabal y vigorosa, es decir, que de nuevo le devuelva la juventud:

Stulte, quid hæc frustra votis puerilibus optas<sup>2</sup>?

¿ no es estar loco de remate? su condición se opone á tal floreciente estado. La gota, el mal de piedra y la indigestión son síntomas de luengos años, como de luengos viajes es propio el soportar el calor, las lluvias y los vientos. Platón no cree que Esculapio se molestara en proveer el empleo de regímenes diversos á la duración de la vida en un cuerpo estropeado y débil, inútil á su país, inútil á su profesión y á procrear hijos sanos y robustos; tampoco cree este cuidado en armonía con la justicia y prudencia divinas, que debe trocar en útiles todas las cosas. ¡ Buen hombre! no hay remedio: es ya imposible de nuevo enderezaros; se os revocará cuando más y apuntalará un poco, alargando así en alguna hora vuestra miseria:

Non secus instantem cupiens fulcire ruinam,  
Diversis contra nititur objicibus;  
Donec certa dies, omni compage soluta,  
Ipsam cum rebus subruat auxilium<sup>3</sup>.

Es necesario aprender á sufrir lo que no se puede evitar: nuestra vida está compuesta, como la armonía del mundo, de cosas contrarias, y también de diversos tonos, dulces y ásperos, agudos y llanos, blandos y graves: el músico que no gustara más que de una clase de diapasón, ¿ qué podría hacer de bueno? Es preciso que sepa servirse en común y que acierte á continuarlos; así debemos hacer nosotros con los bienes y los males consustanciales con nuestra vida: nuestro ser no puede subsistir sin esta mezcla, y una de las dos categorías no es menos necesaria que la otra. Intentar revolverse contra la necesidad natural es representar á lo vivo la locura de Ctesiphon, que quería luchar á puntapiés con su mula.

Yo me consulto rara vez las alteraciones que experimente, pues aquellas gentes<sup>4</sup> tienen mucho terreno ganado cuando dependemos de su misericordia: os aturden siem-

1. Indignate si algo injusto se decide contra tí solo. SENECA, *Epist.* 91.

2. ¿ A qué esos votos pueriles, que son completamente en balde? OVIDIO, *Epist.*, III, 8, 11.

3. Así el que no está seguro de sus fuerzas, deseando contener la ruina inminente, opone puntales en diversos sitios de la fábrica; hasta que cierto día, deshecha toda la armazón, todo da en tierra con el edificio mismo. PSEUDO GALLUS, I, 171.

4. Los médicos.

pre los oídos con sus pronósticos; como me sorprendieran antaño debilitado por el mal, maltratáronme injuriosamente con sus dogmas y continente magistrales; amenazáronme tan pronto con grandes dolores, como de muerte próxima. Sus palabras ni me abatieron ni tampoco me sacaron de quicio, pero me chocaron y empujaron: si mi juicio no se modificó ni alteró, imposibilitóse por lo menos, lo cual supone agitación y combate.

Trato yo á mi fantasía con la mayor dulzura que me es dable, y la descargaría, si pudiera, de toda pena y alteración; precisa socorrerla y acariciarla, y engañarla cuando se pueda: mi espíritu es apto para este oficio, y no le faltan recursos en nada; si cual predica persuadiera dichosamente, dichosamente me socorrería. ¿Os place ver un ejemplo? Dice así: «Que por mi bien padezco el mal de piedra: que las construcciones de mi edad es natural que tengan alguna gotera; tiempo es ya de que principien á resquebrajarse y á venirse abajo: cosa es ésta perteneciente á la común necesidad, y no había de realizarse para mí un nuevo milagro; Con ello pago las costas por la vejez ocasionadas, y no podría obtener economía mayor; Que la compañía debe consolarme, habiendo caído en el accidente más ordinario á los hombres de mis años; Por todas partes veo afligidos del mismo mal, y es honrosa para mí su sociedad, puesto que ordinariamente se pega á los grandes; su esencia es noble y digna; Que entre los hombres que son víctimas de esta dolencia pocos hay libres de molestias menores; cargan ellos con las fatigas de someterse á un desagradable régimen, y con la toma desastrosa y cotidiana de abundantes drogas medicinales, mientras que yo debo el mío puramente á mi buena estrella, pues con algunos cocimientos de cardo corredor y hierba de turco, que dos ó tres veces bebí en obsequio de las damas (quienes más graciosamente que mi mal no es agrio, me ofrecieron la mitad del suyo), me parecieron igualmente fáciles de tomar que de eficacia inútil: tienen que hacer efectivas mil promesas á Esculapio y otros tantos escudos á su médico por el deslizarse de la arena que yo con frecuencia logro por puro beneficio de naturaleza: la decencia misma de mi parte, cuando estoy en sociedad, ni siquiera es alterada, y retengo mis aguas diez horas y por tan largo tiempo como un hombre sano. El temor de este mal, dice mi espíritu, te horrorizaba antaño, cuando lo desconocías; los gritos y el desesperarse de quienes lo agrian con su impaciencia, engendraban en tí el espanto. Al fin, es un mal que te sacude por donde más pecaste. Tú eres hombre de conciencia,

Quæ venit indigne pœna, dolenda venit<sup>1</sup> :

1. El sufrimiento que nos alcanza sin razón es el que al llegar debe dolernos más. OVIDIO, *Heroid.*, V, 8.

considera este castigo, y verás que comparado con otros es dulcísimo y paternalmente favorable. Considera cuánto es tardío; no ocupa ni trastorna sino la época de tu vida que de todas suertes es ya en lo sucesivo acabada y estéril, habiendo dejado lugar, como por compensación, para la licencia y los placeres de tu juventud. El temor y la compasión que al pueblo inspira este mal, son para tí motivo de gloria; cosa de que si tu juicio está purgado y tu razón curada, tus amigos, sin embargo, encuentran algún tinte en tu complexión. Experimentase placer oyendo decir de sí mismo: Eso es mantenerse fuerte y resignado. Se te ve sudar la gota gorda, palidecer, enrojecer, temblar, vomitar hasta echar sangre, sufrir contracciones y convulsiones extrañas, derramar á veces gruesas lágrimas, verter orines espesos, negros y espantosos, ó tenerlos detenidos por alguna piedra espinosa y erizada que te punza y te deshuella cruelmente el cuello de la vena; y mientras tanto, hablar con los circunstantes con ordinario continente, bromeando á intervalos con los tuyos, expresándote con rígidos razonamientos, excusando de palabras tu dolor y rebajando tu sufrimiento. ¿Te acuerdas de aquellas gentes de los pasados siglos que buscaban hambrientos los males á fin de mantener su virtud vigorosa, ejercitándola constantemente? Pues imagínate el caso de que naturaleza te empujó á esa gloriosa escuela, en la cual tú no hubieras ingresado nunca de tu grado. Si me dices que es un mal peligroso y mortal, considera que ninguno hay que no lo sea, pues es una trampa medicinal el exceptuar algunos de que los médicos dicen que no conducen derecho á la muerte; pero ¿qué importa si á ella llevan por modo casual ó si se deslizan y fuercen fácilmente hacia el lado que á ella nos lleva? Mas tú no mueres porque estás enfermo, mueres porque eres vivo: la muerte te mata admirablemente sin el socorro de la enfermedad, y á algunos los males alargaron la vida alejándoles de la muerte, porque les parecía ir muriéndose. Piensa además que, como las heridas, hay enfermedades medicinales y saludables. El cólico es á veces no menos duradero que nosotros: hombres se ven en quienes habiendo comenzado en la infancia, continuó luego hasta la vejez más caduca: y si no se hubieran negado á mantenerse en su compañía, les habría asistido aun más allá: le matáis más bien que no él á vosotros. Aun cuando la imagen de la muerte se te presentara cercana, ¿no es cosa excelente para un hombre de tus años el ser llevado al pensamiento de su fin? Más aún, tú no tienes para qué buscar el medio de curarte. Así como así, el día más inopinado la común necesidad te llama. Considera cuán magistral y dulcemente te hastia de la vida el acabar, desprendiéndote del mundo; no forzándote con